

III

Fué en verdad una revelación extraña.

Desde hacía algún tiempo, trabajaba por las mañanas desde el amanecer en un cuadro cuyo asunto era éste:

Una cañada angosta, encajonada, dominada por dos taludes de breñas y árboles se extendía á lo lejos perdida, anegada en aquel vapor lechoso, en aquella guata que flota á veces sobre los valles al amanecer.

En el fondo de aquella bruma espesa y transparente, se veía venir, ó por mejor decir, se adivinaba una pareja humana, un mozo y una muchacha, abrazados, enlazados, ella con la cabeza levantada hacia él, él inclinado hacia ella, con los labios casi juntos.

Un primer rayo de sol, deslizándose entre las ramas, hendía aquella niebla de aurora, la iluminaba con un reflejo rosado detrás de los rústicos amantes y hacía resaltar sus sombras vagas entre una claridad argentada. A fe mía que estaba bien, muy bien.

Trabajaba en la cuesta que lleva al vallecito de Etretat. Aquel día por suerte, podía estudiar la flotante niebla que quería reproducir.

Algo se irguió ante mí como un fantasma: era miss Harriet. Al verme quiso huir; pero la llamé gritando:

—Venga usted, señorita, venga; tengo un cuadro para usted.

Se acercó como á regañadientes. Le alargué mi boceto. Nada dijo, pero lo miró largo rato, y después, de pronto, se echó á llorar. Lloraba con espasmos nerviosos como aquellos que han luchado mucho con las lágrimas, y que no pudiendo más, lloran, pero resistiéndose todavía. Me puse en pie conmovido yo mismo á la vista de aquel pesar que no comprendía y le cogí las manos con un movimiento de afección brusca, un verdadero movimiento de francés, que obra antes de pensar.

Dejó unos instantes sus manos entre las mías y

Miss Harriet—3

las sentí estremecerse como si se retorcieran todos sus nervios. Luego, las retiró con viveza, ó por mejor decir, las arrancó.

Había reconocido aquel estremecimiento por haberlo sentido ya y era imposible que me engañara. ¡Ahl el estremecimiento de una mujer, ya tenga quince ya cincuenta años, bien pertenezca al pueblo bien á las clases elevadas, va tan derecho al corazón que no vacilo jamás en comprenderlo.

Todo su pobre sér había temblado, vibrado, desfallecido. Lo sabía. Se fué sin decir una palabra, dejándome sorprendido como ante un milagro y desolado como si hubiera cometido un crimen.

No fuí á almorzar aquel día. Di una vuelta por el acantilado sintiendo tantas ganas de reír como de llorar, pues la aventura me parecía cómica y lastimosa, sintiéndome ridículo y juzgándola desdichada á más no poder á ella.

Me pregunté lo que debía hacer. Juzgué que lo más oportuno era marchar, y tomé en seguida mi resolución. Después de pasear hasta la hora de la comida, algo triste, algo soñador, volví cuando ponían la sopa en la mesa.

Nos sentamos como de costumbre. Miss Harriet comía gravemente sin mirar á nadie y sin levantar

a vista. Tenía su expresión y su aspecto habituales.

Al acabar de comer, volviéndome hacia la patrona, dije:

—¿Sabe usted, señora Lecacheur, que voy á irme pronto?

La buena mujer, sorprendida y apenada, exclamó con su voz gangosa:

—¿De veras, caballero? ¡Cuánto lo siento! ¡Estábamos tan acostumbrados á su presencia!

Yo miraba de soslayo á miss Harriet. Su rostro no reveló la menor emoción; pero Celeste, la criada, me miraba. Era una mocetona de dieciocho años, coloradota, fresca, fuerte como un caballo, y, cosa rara, muy limpia. A veces la besuqueaba por los rincones por costumbre y no por otra cosa.

Acabó la comida.

Me fuí á fumar una pipa bajo los manzanos, andando de un extremo á otro del patio. Todas las reflexiones que había hecho durante el día, el extraño descubrimiento de la mañana, aquel amor grotesco y apasionado hacia mí, los recuerdos despertados acerca de aquella revelación, recuerdos encantadores, quizá también aquella mirada de la muchacha al anunciar mi partida, todo aquello

mezclado, combinado, me producía cierto buen humor, algo así como un escozor de besos en los labios, y un raro ardor en las venas, aquel ardor que nos impulsa á cometer mil tonterías.

Anocheía, y las sombras se espesaban bajo los árboles. Vi á Celeste que iba á cerrar el gallinero al otro lado de la empalizada. Me lancé hacia ella con paso tan ligero, que no oyó nada, y en el instante de levantarse, después de bajar la puertecita por donde entran y salen las gallinas, la cogí con furia entre mis brazos, besando repetidas veces su cara mofletuda y fresca. Luchaba riendo, acostumbrada ya á tales acometidas.

¿Por qué la solté vivamente? ¿Por qué me volví estremecido? ¿Cómo sentí que había alguien á mi espalda?

Era miss Harriet que volvía y nos había visto, permaneciendo inmóvil como en presencia de un espectro. Luego desapareció entre las tinieblas.

Volví avergonzado, turbado, más desesperado de haber sido sorprendido por ella de aquel modo, que si me hallara cometiendo un acto criminal.

Dormí mal, nervioso con exceso, abrumado por tristes pensamientos. Me pareció oír llorar. Me engañaba sin duda. También muchas veces me pare-

ció que andaban por casa, y que abrían la puerta exterior.

De madrugada me venció la fatiga y me dormí. Me desperté tarde y no aparecí hasta la hora del almuerzo, confuso todavía, no sabiendo qué continente adoptar.

Miss Harriet no estaba ni compareció. La patrona entró en su cuarto. La inglesa había salido. Debió salir al amanecer, como otras veces, para ver la aurora.

Nadie lo extrañó y comimos en silencio.

Hacía calor, mucho calor; un día de esos en que no se siente un soplo de aire. Habían puesto la mesa bajo un manzano, y de cuando en cuando, Sa-peur iba á llenar á la bodega el jarro de sidra, pues bebíamos como sedientos. Celeste traía las fuentes de la cocina; un guisado de carnero con patatas, un conejo salteado y una ensalada. Luego nos presentó un plato de cerezas, las primeras de la estación.

Queriendo lavarlas y refrescarlas rogué á la muchacha que sacara un cubo de agua bien fresca.

Volvió al cabo de cinco minutos declarando que el pozo estaba seco. Después de soltar toda la cuerda el cubo había tocado al fondo y subió vacía. La tía Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma y fué

á mirar por el brocal. Al volver dijo que en el fondo se veía algo raro. Sin duda algún vecino había echado haces de paja, queriendo fastidiar.

Quise mirar á mi vez, pensando que vería mejor que los demás, y me incliné. Distinguí vagamente un objeto blanco, sin acertar á decir qué era. Entonces pensé en hacer bajar un farol al extremo de una cuerda. La amarillenta claridad bailaba iluminando los muros de piedra y bajando poco á poco. Los cuatro estábamos inclinados sobre el agujero, pues Celeste y Sapeur habían acudido. El farol se detuvo sobre una masa confusa, blanca y negra, extraña, incomprendible. Sapeur exclamó:

—Es un caballo. Distingo un casco. Habrá caído esta noche escapando de sus pastos.

De pronto me estremecí de pies á cabeza. Acababa de reconocer un pie y una pierna levantada en alto. El resto del cuerpo y la otra pierna estaban bajo el agua.

Balbuocé en voz baja y temblando con tanta fuerza, que el farol bailaba sobre el zapato.

—Lo que hay ahí dentro es una... es una mujer... miss Harriet.

Sapeur no hizo ni un gesto, otras cosas peores viera en Africa.

La tía Lecacheur y Celeste lanzaron agudos chillidos y huyeron corriendo.

Fué preciso sacar á la difunta. Até sólidamente al criado con una cuerda y le bajé con lentitud, por medio de la polea, mirando como se hundía en la sombra. Bajaba una linterna y otra cuerda. Su voz, que parecía venir del centro de la tierra, exclamó: «¡Basta!» Vi que buscaba algo en el agua, la otra pierna. Ató las dos juntas y gritó: «¡Tire usted!»

Le subí, pero tenía los brazos como rotos, flácidos los músculos y temía verme obligado á soltar la cuerda. Cuando la cabeza de Sapeur apareció á la altura del brocal, le pregunté: «¿Qué hay?» como si esperara que me diera noticias de la que yacía en el fondo.

Subimos los dos sobre el brocal, y frente á frente, inclinados hacia la abertura, empezamos á izar el cuerpo.

La tía Lecacheur y Celeste nos miraban desde lejos, ocultas detrás de un paredón. Cuando vieron salir del agujero los zapatos negros y las medias blancas de la ahogada, desaparecieron.

Sapeur cogió los tobillos y sacó á la infeliz y casta mujer en la postura más inmodesta que es dable imaginar. Tenía la cara en un estado horrible, ne-

gra, sangrienta, y sus largos cabellos grises, desatados, lacios para siempre, colgaban goteantes y fan-
gosos. Sapeur pronunció en tono despreciativo:

—¡Voto va, qué flaca estabal

La llevamos á su cuarto, y como las mujeres no comparecían, procedí al arreglo del cadáver.

Lavé su triste rostro descompuesto. Bajo mi dedo se abrió uno de los ojos y me miró con aquella mirada pálida, fría, terrible de los cadáveres, mirada que parece venir de otro mundo. Arreglé lo mejor que supe sus cabellos y con mis manos inhábiles la peiné de un modo singular. Después le quité las ropas empapadas en agua y descubrí un poco, con vergüenza, como si hubiera cometido una profanación, sus hombros y su pecho y sus brazos, tan delgados como unos palos.

Luego fui á buscar flores, amapolas, margaritas, centauros y hierba fresca y perfumada, con la que cubrí su lecho mortuorio.

Después, como era yo el único que estaba junto á ella, tuve que proceder á las formalidades que impone la costumbre. Una carta hallada en su bolsillo, escrita poco antes de morir, pedía que se la enterrase en el cementerio de la aldea donde pasara sus últimos días. Un pensamiento horroroso se

apoderó de mí. Pensé que por mi causa quería ser enterrada en tal sitio.

A la tarde vinieron las comadres para ver á la difunta; pero no dejé que entraran, quería estar solo y velé toda la noche.

A la luz de los cirios miraba aquella miserable mujer, desconocida para todos, que fué á morir tan lejos, de un modo tan lastimoso. ¿Tenía en alguna parte amigos, parientes? ¿De dónde venía, sola, errante, como un perro arrojado de su casa? ¿Qué secreto de dolor y de desesperación se encerraba en aquel cuerpo desmadejado, en aquel cuerpo que llevó como una tara vergonzosa durante toda su existencia, envoltura ridícula que alejó de ella toda afección, todo amor?

¡Cuán desdichados algunos seres! Sentía pesar sobre aquella criatura la eterna injusticia de la implacable naturaleza. Todo había acabado para ella quizás sin que jamás hubiese sentido, tenido la esperanza de ser amada una vez siquiera, esa esperanza que sostiene á los más desdichados. ¿Por qué se ocultaba de aquel modo y huía de todo? ¿Por qué amaba con ternura tan apasionada y vehemente todas las cosas y todos los seres vivientes excepto los hombres?

30515

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
MONTES, MEXICO

Comprendí que creyera en Dios y que esperara en otra parte la compensación de su miseria. Ahora iba á descomponerse y á convertirse en planta á su vez. Florecería al sol, la comerían las vacas, la picotearían los pájaros y, carne de las reses, volvería á ser carne humana. Pero lo que se llama alma se había extinguido en el fondo del pozo. Ya no padecía. Había cambiado su vida por otras vidas que haría nacer.

Pasaban las horas en aquella contemplación silenciosa. Una claridad pálida anunció la aurora; después un rayo rojo llegó hasta la cama, puso una barra de fuego en la colcha y en las manos. Era la hora que tanto le gustaba. Los pájaros, despiertos, cantaban en los árboles.

Abrí de par en par la ventana, aparté las cortinas para que nos viera todo el firmamento, é inclinándome sobre el cadáver helado tomé entre mis manos la desfigurada cabeza, y luego, lentamente, sin terror y sin asco, dejé un beso, un largo beso sobre aquellos labios que no fueran jamás besados.

.

León Chenal calló. Las mujeres lloraban. En el pescante, el conde de Etraille se sonaba de conti-

nuo. Únicamente el cochero dormitaba. Los caballos, al ver que no les hostigaban, acortaron el paso, tiraban sin ganas. Y el break apenas adelantaba, habiéndose vuelto pesado de pronto; como si estuviese cargado de tristeza.